

Colaboración Especial

Las razones de Estado que animan la estrategia de México contra el crimen organizado

Eduardo Medina Mora

Desde el inicio de su gobierno en diciembre de 2006, el presidente Felipe Calderón tomó la decisión de alinear todas las fuerzas del Estado para cortar de tajo la expansión del narcotráfico y la delincuencia organizada en México. Esa decisión, a veces debatida, también ha merecido reconocimientos incluso internacionales.

Diversos argumentos sustentaron la decisión presidencial: la obligación de garantizar la seguridad a todo ciudadano; cortar la corrupción causada por los grupos criminales; asegurar la integridad de las estructuras de gobierno y frenar la violencia. Pero la razón más profunda, la razón de Estado, fue la de enfrentar y reducir a una delincuencia que había crecido de forma desmedida, al grado de que la vida de centenares de miles de mexicanos era ya una tragedia inaceptable. Muchos dormían, despertaban y pasaban sus días conviviendo con el miedo, el crimen, la violencia y la muerte.

Era imposible escuchar y no hacer nada, que Mauricio, un niño de sólo nueve años, se estaba convirtiendo en adicto, ya que a la entrada de su escuela los delincuentes regalaban la droga para crear futuros compradores. Cómo podíamos evitar sentir, como si fuera propia, la historia de Elena, una brillante universitaria, adorada por sus padres y con un futuro prometedor que, por ceder a la presión de sus amigos que le decían "no pasa nada", aceptó probar las drogas. Ahora ella se prostituye para mantener su vicio y su salud tiene daños irreversibles.

Era inaudito que no sintiéramos compasión por los miles de jóvenes que perdieron la vida por creer que la delincuencia era una manera fácil de hacer dinero, y que escogieron ese camino por vivir en comunidades donde el delito se había vuelto poder, cultura y razón de prestigio social.

¿Acaso podíamos aceptar, sin hacer nada, que muchos de los policías y funcionarios de seguridad hubieran sido corrompidos por el crimen organizado?

Desde el principio quedó claro que esto no era sólo un problema de malos mexicanos o malos funcionarios, sino de valores sociales corroidos por el enorme poder económico, social y cultural de los criminales.

Demasiada gente había perdido el sentimiento de culpa para delinquir, corromper y matar. Y la sociedad, a su vez, venía perdiendo capacidad de indignación, una combinación que es fatal para el futuro de cualquier nación.

Por todos ellos iniciamos esta lucha, por responsabilidad histórica y generacional, para estar en paz con nuestras conciencias, porque decidi-

mos renunciar a ser indiferentes frente a los miles de mexicanos que se han convertido en prisioneros directos e indirectos de la delincuencia organizada y de las adicciones.

Las drogas y el crimen organizado son retos de gran envergadura para el Estado mexicano, y a esa dimensión responde la política del presidente Calderón, con visión integral y amplio espectro.

México padece el ciclo perverso de la droga: producción, tráfico, distribución y consumo. En los dos primeros, producción y tráfico, enfrentamos ya una guerra real, en la esfera de la distribución, tenemos una lucha constante, y en el cuarto segmento del ciclo, el consumo, observamos un peligroso ascenso en el número de jóvenes que son víctimas de la presión social, del "no pasa nada" o de "lo dejo cuando quiera", al iniciarse en las adicciones.

Para revertir y prevenir la primera causa de las adicciones, que es el factor de imitación y la búsqueda de sentido y pertenencia social, los niños y jóvenes deben cuidarse unos a otros, conscientes de que las drogas sí dañan, y si hay consecuencias de violencia y muerte, por un momento de placer fugaz. Para ello no hay nada mejor que las buenas complicidades entre los propios jóvenes para defenderse; hacer de la vida sana y sin drogas un tema de prestigio entre ellos es tan válido, positivo y pertinente como lo es la defensa del medio ambiente, el interés por las causas sociales o el gusto por la música pop, que tanto entusiasman en esas etapas de la vida.

Las drogas tienen una lógica homicida y suicida. Matan cuando se producen, trafican y distribuyen, y también aniquilan a quienes las consumen; tienen la perversa capacidad de conectar a la niñez y a la juventud, la fuerza vital de toda nación, con lo peor de la sociedad. Quienes las consumen generan un vínculo con los delincuentes que distribuyen drogas en las calles, con esos criminales capaces de usar un rifle automático en cualquier lugar público y disparar más de 30 tiros contra un adversario.

La muerte y la violencia asociadas a sus redes de comercialización son reales y dramáticas. Las padecen miles de familias que han perdido a un ser querido por las balas del crimen, incluyendo a más de mil policías, soldados y marinos ejemplares que ofrecieron su vida por México, por la sociedad y por sus valores.

Para devolver la tranquilidad a los mexicanos, hemos trabajado, primero, para quitarles la tranquilidad y la impunidad a los delincuentes, avanzando con pasos firmes y seguros al fortalecimiento del estado de derecho. La estrategia que sigue México es la correcta, tiene visión y perspectiva integral; comprende causas, tendencias



Fecha 12.07.2009	Sección Primera-Opinión	Página 22
----------------------------	-----------------------------------	---------------------

y efectos internos y externos; actúa en todos los frentes simultáneamente y con orden; sumando y articulando las capacidades como gobierno y sociedad, por medio de la coordinación nacional e internacional.

Decidimos acosar a los delincuentes, arrebatarles las ventajas de su negocio, complicarles la libertad con la que se movían para quitarles armas, productos, transportes y dinero; capturar sicarios y operadores, dismantelar sus empresas de fachada, redes de protección y los nodos de valor de su sistema delictivo.

Los resultados sin precedentes logrados por el Estado mexicano abarcan poco más de 80 mil kilogramos de cocaína asegurada, 72 mil 363 personas presentadas ante el Ministerio Público, más de 337 millones de dólares y 44 mil 490 armas largas y cortas arrebatadas a los delincuentes.

Los resultados del esfuerzo y sacrificio de los mexicanos, como lo denotan las Naciones Unidas y la OEA, ya inciden en la estructura mundial de oferta y demanda de drogas, y en redes de control y operación.

Hemos recuperado territorio y estamos eliminando a los cárteles. Estamos reconstruyendo nuestras instituciones. Y en la última y más compleja fase, todos los mexicanos deberemos refrendar nuestra naturaleza como ciudadanos más responsables.

Queremos una tranquilidad duradera para México, y ésta sólo será posible en el largo plazo creando barreras morales y culturales a los anti-valores que reprodujeron y multiplicaron a los delincuentes. No es posible aceptar la ilegalidad y la corrupción como actos "normales"; ser indi-

ferentes ante los delitos y tolerar la convivencia con los delincuentes sería volver atrás y retroceder al México inseguro, violento y lleno de terror que nadie quiere.

Por eso, al Presidente de la República, a los gobiernos estatales, a la sociedad y a cada uno de nosotros nos inquieta que la música y subcultura del narco resulten tan atractivas a los ojos y oídos de los jóvenes.

Nos preocupa que las políticas para contener el flujo de dinero y el tráfico de armas en el mundo sean recursos retóricos utilizados en ocasiones en foros internacionales y que la cooperación no se traduzca en resultados concretos. Nos preocupa que otros países del hemisferio tengan enormes debilidades estructurales frente al poder corruptor e intimidante del crimen organizado.

La etapa histórica que hoy vivimos nos deja muy clara una lección: la delincuencia organizada atrae primero con "plata", luego con "plata o plomo"; pero al final, usa "plomo y más plomo". El crimen, la violencia y la muerte son sus reglas esenciales.

Como lo ha subrayado el presidente Felipe Calderón, nos restan aún muchas cosas por hacer. Tomará todavía mucho esfuerzo, persistencia y tiempo llegar a buen puerto, pero la estrategia y visión son las correctas. Sólo así lograremos el objetivo supremo del Estado mexicano, que es recuperar la paz y el bienestar de nuestras familias. Sólo así tendremos la conciencia libre y tranquila con la satisfacción de actuar en bien de México para entregar a la generación del futuro, nuestros jóvenes y niños de hoy, la posibilidad de ser mejores seres humanos y vivir en un país mejor.

Procurador general de la República